

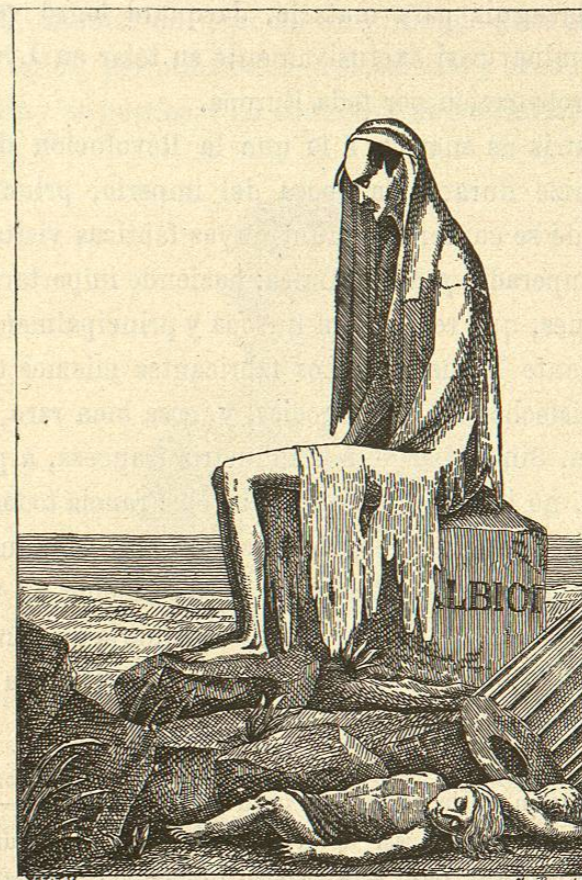
Cruz de la Legión de honor al ilustre fundador de cuarenta fábricas de hilados y de un número todavía mayor de fábricas de tejidos.

MOLLIEN, que al ser destituido del cargo de administrador de los bienes del Real patrimonio, en 1792, entró en el comercio, tomó bastante interés por la industria de los tejidos de algodón y fué uno de los primeros que introdujo en Francia los telares mecánicos, que se conocían en Inglaterra hacia unos cuarenta años. Pero una de las industrias que Napoleón deseaba crear preferentemente en Francia era la de hilados mecánicos de lino. El algodón era un producto cuya aclimatación no podía esperarse en Francia, y el cual, á causa de la guerra con Inglaterra, ofrecía cada día mayores dificultades para su importación por los puertos franceses. El lino, por el contrario, era un producto del suelo, cuyo cultivo se propuso proteger con empeño Napoleón, creyendo que esta industria no debía, sin embargo, hacer la competencia á la del algodón hasta que se encontrase como aquélla en el mismo grado de adelanto mecánico, pues nunca se había logrado hilar el lino por procedimientos mecánicos. ¡Qué triunfo sobre Inglaterra si llegase el continente á realizar tal descubrimiento!

Napoleón creó un premio de un millón de francos para el inventor, cualquiera que fuese su nacionalidad, de la mejor máquina para hilar el lino. Un ingeniero conocido ya por otros inventos, Felipe de GIRARD (1775-1845), resolvió este problema en 1810; pero, como la mayoría de los grandes inventores, carecía de espíritu comercial: así es que las fábricas que estableció (en la calle de Vendôme y en la de Charenton), en las que aplicó su invento á la industria, fracasaron completamente. Inglaterra fué la que se aprovechó en primer término de este invento, que se pretendiera dirigir contra ella. Los dos socios de Girard cometieron la traición de vender su invento á un comerciante inglés, Hall, quien quiso hasta robar su gloria al inventor, haciéndose extender una patente á su nombre; de manera que los obreros franceses tuvieron que ir á estudiar en Leeds, en la misma Inglaterra, en 1833, las máquinas francesas de Felipe de Girard, á quien por fin se ha levantado una estatua en Francia. Polonia, en cambio, había dado ya el nombre de Zyrardowska á la primera población de aquel reino en que se estableció la industria inventada por Girard.

También durante el periodo napoleónico se transformó la antigua

fabricación de la seda en Francia por el célebre telar Jacquard; como suele acontecer en la historia de la industria, la máquina á la cual el hijo del pobre obrero de Lyon dió, por otra parte, con justicia, su nombre, no fué obra exclusiva de un solo hombre. En 23 de Diciembre de 1801, José M.^o JACQUARD (1752-1834) obtuvo una patente de



Caricatura de la época contra Inglaterra. — El Porvenir.

invención; pero este nuevo mecanismo no era en realidad más que una sencilla modificación de otros mecanismos anteriores. Habiendo llegado á París, en 1803, para presentar al gobierno una máquina de hilar, vió en el conservatorio de artes y oficios, completamente olvidado, un artefacto para tejidos labrados, concepción ingeniosa de Vaucanson, que no se había aplicado nunca á la industria. A su regreso á Lyon concibió la feliz idea de reunir en un mismo aparato el telar de Vaucanson y el sistema de los cartones agujereados y colgan-

tes, inventado por Falcon á principios del siglo XVIII. Este invento se perfeccionó extraordinariamente en sus detalles, entre los años 1805 y 1816, por el mecánico BRETON, cuyo nombre ha quedado casi en el olvido. De esta manera se construyó una de las máquinas más ingeniosas que han salido de las manos del hombre. A pesar de la oposición de los trabajadores, que destruyeron sus primeros telares y le llegaron á perseguir para matarle, Jacquard logró ver al cabo de pocos años dominar casi exclusivamente su telar en Lyon, y á partir de 1812 su propagación por toda Europa.

La industria de encajes, á la que la Revolución diera un fatal golpe, se rehizo durante la época del imperio, principalmente en Alençon, donde se conservaba aún, cuyas fábricas visitaron en Mayo de 1811 el Emperador y María Luisa, haciendo importantes encargos.

Se ve, pues, que reinaba en Europa y principalmente en Francia gran movimiento industrial. Los fabricantes mismos tenían motivo para estar satisfechos de sus negocios, y, cosa bien rara, no ocultaban su satisfacción. Sin embargo, á la industria francesa, á pesar de todos sus adelantos, no le fué dable aclimatar en Francia todas las primeras materias que necesitaba; si logró aclimatar algunas, fué sólo á expensas casi siempre de costosos ensayos, á lo menos en un principio, y las demás materias sufrieron un extraordinario aumento de precio á consecuencia del bloqueo, lo cual motivó una carestía que arruinó varias de sus industrias.

« La prohibición de la entrada de productos extranjeros, — decía Chaptal, en 1800, — no producía, á pesar de la creencia general, ninguna ventaja para nuestra industria nacional, pues este sistema prohibitivo presenta tres inconvenientes mucho mayores :

- » El primero, en privar al Estado de un ingreso importante en aduanas;
- » El segundo, en favorecer el contrabando;
- » Y el tercero, en quitar el estímulo de la emulación á los fabricantes. »

¿ Qué resultados daba, por otra parte, el bloqueo continental á la Gran Bretaña ?

No cabe dudar que su comercio se hallaba cohibido y que los géneros que tenía que ir á buscar á sus colonias se acumulaban en los almacenes, ofreciendo el singular espectáculo de la miseria en

medio de la abundancia. « Inglaterra, como se ha dicho, tenía mayor necesidad de vender que el continente de comprar; » así es que atravesó también una terrible crisis, sufriendo una gran depreciación todos sus valores, subiendo el cambio inglés al 30 por 100. Tales eran los resultados que se manifestaban públicamente, pero había otros que, sin ser tan visibles, no eran por cierto menos importantes. El bloqueo continental no logró en un principio destruir por completo el comercio inglés, perjudicándole únicamente y haciéndole atravesar un periodo muy angustioso. La industria no sufrió tanto como puede



El duque Dionisio Decrés, ministro de Marina y de las colonias. (Dibujo de Mme. Le Suire.)

parecer, pues dueña Inglaterra del mar, proporcionaba á los precios más bajos las primeras materias á sus fabricantes, que ganaban así lo que perdían por la falta de exportación, mientras que los productos franceses perdían por el excesivo coste de las primeras materias lo que ganaban con la protección. Finalmente, el bloqueo continental contribuyó á acrecentar el imperio colonial de la Gran Bretaña, pues al cerrarle Europa, se le abría Asia, Africa y América, procurando principalmente abrirse caminos y ocupando todos los estrechos y todos los mares, como en tiempos antiguos hizo Atenas en el Mediterráneo oriental; de manera que acaparaba todos los pasos.

Los resultados políticos y económicos del bloqueo distaron mucho de ser todos favorables, por cuyo motivo ha sido objeto de las más diversas apreciaciones.

Para ser justos, hemos de hacer constar que el bloqueo no tuvo siempre el mismo carácter. En un principio fué sólo un acto de violencia, provocado y por esta misma razón autorizado por Inglaterra y encaminado á obligarla á reconocer las reglas del derecho de gentes. «La gigantesca idea del bloqueo continental,—dice la misma Mme. de Staël en sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa*,—se parece á una especie de cruzada europea, cuyo emblema de unión era el cetro de Bonaparte.» Más adelante, el Emperador tuvo la desdichada idea de convertir el bloqueo en un sistema, ó por mejor decir, en un arma asendada no tanto contra Inglaterra como contra el continente, y en un pretexto para intervenir en los asuntos de todos los pueblos para someterlos á su yugo. Debía haber pensado, en efecto, que al prohibir el acceso de Inglaterra al continente, se arriesgaba á proporcionar á la misma tantos aliados secretos como cooperadores obligados al bloqueo, y á hacerse insoportable á sus mismos aliados más que á enemistarles con Inglaterra. Y, por último, el Emperador se valió del bloqueo como de un manantial de recursos y como medio de subvenir á los inmensos gastos de sus guerras con las aprehensiones y confiscaciones, y principalmente con el sistema, cada día más extendido, de la concesión de patentes. De esta manera la idea del bloqueo continental, que ocupó la mente de Napoleón una gran parte de su vida, pasó por tres distintas fases: medio de represalias, pretexto de conquistas y fuente de recursos; la primera de las cuales parece excusable, por estar de acuerdo con el derecho de la guerra, la segunda es de difícil defensa y la tercera es sencillamente odiosa.

Ningún acto de Napoleón contribuyó en mayor grado á hacerle impopular, pues ninguno produjo mayor alteración en el modo de ser de todas las clases sociales ni ninguno hizo sentir en mayor grado el despotismo en la vida íntima, ni ninguno llevó consigo tantas vejaciones. «He visto,—dice Mme. de Staël,—he visto en la plaza pública de Ginebra á gran número de pobres mujeres arrodilladas ante la hoguera en que se quemaban los géneros aprehendidos, suplicando que se les permitiese sacar de entre las llamas algunos trozos de tela para vestir á sus hijos, que se hallaban en la mayor miseria.» Madame de Staël agrega, con razón, que semejantes escenas se repetían en todas partes.



Triunfo de María Luisa. (Cuadro de Gros, existente en la galería de M. Morsau-Clauson, fotografía de Braun)